

te, pero que se desprendió muy tarde de sus pañales para comenzar á hacer artistas en vez de artesanos. Bastaría para indicarlo así la circunstancia de haber sido griegos del Asia menor los autores de los cuadros de que tenemos más remotas noticias como el *Combate de los Magnesios* pintado por Bularkos y que el rey Candaulo cubrió de oro, etc. En Sámos, en Efesos, en Thásos había escuelas de pintura que transmitieron los procedimientos pictóricos á la Grecia. De Thásos era originario el célebre Polignoto, el primer verdadero pintor, segun Theofrasto, que desprendió el arte de las fórmulas hieráticas y que aunque no llegó á la maravillosa flexibilidad de Feídias, sí tuvo la grandeza de estilo que caracterizó al divino escultor. La pintura estuvo durante mucho tiempo subordinada á la escultura, pero de ella aprendió la pureza de las formas, la nobleza de los contornos, y, en una palabra, la sencillez ideal.

Sabemos que Polignoto fué el amigo de Kimon, que lo llevó de Thásos á Atenas, que aprovechó del amor desordenado pero espléndido por el arte que caracterizaba al licenciado hijo de Milciades, para ejecutar sus grandes cuadros, sobre todo, los del Poekilo, el famoso doble pórtico en cuyo muro medianero conmemoró el pincel las glorias de la patria, principalmente las que se identificaban con las de la familia de Kimon, las de Marathon. Sabemos también que el grande artista fué el amante de Elpinike, la hermana de Kimon, y que una vez desterrado éste marchó á Platea, á Thespias y á Delfos en donde dejó pruebas admirables de su genio. Algunos arqueólogos creen que una de las pinturas encontradas en Pompeya, sorprendente por el movimiento y el dibujo, es copia del *Aquiles en Skiros* de Polignoto, que se veía en tiempo de Pausanias en la Pinacoteca de las Propyleas. Esto sería entonces todo lo que nos quedaría del célebre pintor de cuyos últimos

años nada se sabe. Sin embargo, para poder marcar, como hemos hecho respecto de la arquitectura, el punto de partida y el apogeo de la pintura, necesitamos, pasando por Polignoto, llegar á Apéles.

La escultura sí llegó á su apogeo en tiempo de Perikles. Ya hemos hablado de su origen. Khorsabad, Nínive, los bajo-relieves lido-frigios nos hacen seguir, casi sin soluciones de continuidad, las etapas seculares de su desarrollo. En Kypros, hemos dicho, hay estatuas arcaicas en donde constan á la vez, el antecedente asirio y el consiguiente helénico y no importa que estas esculturas estén tocadas á la oriental, los atenienses en una época no lejana de Perikles, usaban el cabello recojido con alfileres de oro, y la barba rizada al estilo asiático. Pero los griegos concibieron por vez primera la verdadera estatua rodeada de aire y de luz por todas partes, y lo que nunca lograron sus maestros de la Asiria ó de la Lydia, los jonios arrancaron la figura humana del bajo-relieve. Si á esto se agrega la desnudez espléndida de los cuerpos, la pureza de las líneas, la exquisita armonía de los contornos, la gracia y la sencillez de las actitudes, la riqueza y magnificencia de los paños, se verá qué distancia hay entre el arte griego, el que fué el arte de Feídias, de Polyketo, de Iktinos, de Pratikles y de Lysippo, y el arte convencional de los pueblos semíticos que no veían en sus esculturas sino símbolos.

Feídias fué el rey del arte en el período de Perikles, como éste fué rey de Atenas, por el derecho del genio. Sus obras eran tipos consumados de la humanidad idealizada. Antes que él, la Grecia había producido escultores notables y había habido la escuela ática y la escuela dórica, (1) de

(1) No existe propiamente arte dórico. El nombre y la cosa son perfectamente anti-históricos. La música, la poesía, el arte, que se han llamado dóricos, fueron creaciones de griegos del Asia Menor, transmitidas á las ciudades en que el elemento dórico se había mezclado al indígena profundamente, como Corinto, Argos, Sykione,

Egina, que nos ha dejado preciosos fragmentos; pero Feídias, que estudió en Argos probablemente, arrancó de toda convención hierática el arte, y tradujo su alma en el bronce, en el mármol, en el oro y el márfil, que eran las sustancias que prefería para hacer sus dioses. Jamas el arte griego pasó de la altura en que lo colocó Feídias, y ya sus discípulos empezaron, aún en vida del maestro, á usar de ciertas exageraciones que fueron el principio de la decadencia. Dos divinidades fueron favoristas del cincel de Feídias: Athené, cuyas estatuas multiplicó, siendo la más notable la que hizo por encargo de los habitantes de Lémnos, (*la bella lemnense*), la Athené Promakos, estatua gigantesca, colocada entre las Propyleas y el Parthenon y cuyo penacho destacándose en el azul pálido del cielo de Atenas, se veía al doblar el cabo Sunion: la del Parthenon, hecha de márfil y oro, y en segundo lugar Zeus; la maravillosa estatua colosal de márfil y oro que esculpió en Olimpia el sublime artífice, inspirándose en Homero, era un tipo tan acabado de magestad y de fuerza, que puede decirse que nada de comparable á esta obra ha producido el arte humano. La simple idea de lo que debió ser esta estatua cuyo original se perdió para siempre, por desgracia, bastaba para hacer prorrumpir en himnos de adoración á un obispo alemán de la época del renacimiento. (V. Bunsen-Dios en la Historia.)

La literatura no puede llamarse de origen oriental, sino en el sentido de que estaba en sus principios supeditada á la música cuyos orígenes son asiáticos, lidios sobre todo. Lo que sí no puede dudarse, es que la atmósfera de orientalismo en que se movían los jonios del Asia Menor, fué un medio propicio para su desarrollo, y el hecho es que los primeros *aedas* na-

&c. Basta recordar que el estilo noble y severo de arquitectura que se llamó dórico, tuvo en Atenas sus más bellos tipos: las Propyleas y el Parthenon. (Véase sobre el asunto la Historia de la civilización helénica de Paparrigopoulo. Cap. I.)

cieron en el Asia Menor, los homeridas eran de Quios, y los rapsodas, que empezaron á subordinar la música á la poesía, vieron en las ciudades jónicas sus primeros triunfos.

Homero, ó los primeros poetas del período homérico, cantaba en el Asia Menor y en las islas, las hazañas de un ejército mandado por un descendiente de un lidio (Pelops), en el sitio de una ciudad semi-asiria, acompañándose de la *forminx* ó la *kithara*, cuyo primer modelo hemos visto en manos de un sermita en la tumba de Numhotep. (Véase pág. 29.)

Hesiodo, (1) era hijo de un asiático, y en los poemas, bajo su nombre comprendidos, se nota la influencia de las ideas cosmogónicas del Asia y de las costumbres mithos y misterios admitidos en Kreta en donde el Oriente había ejercido tanta preponderancia, así como de las tradiciones del Asia Central que eran patrimonio común de los ario-europeos. Pero pasado el período puramente épico y hacia mediados del siglo VII, las innovaciones poéticas y las musicales se multiplican y en ellas, aunque la Grecia se separa enteramente del Oriente y vive por sí sola, aún sirven para marcar esta transición definitiva, los poetas jonios del Asia ó de las Islas. Además, dice Grote, la diversificación de metros introducida entonces (el hexámetro era el verso épico por excelencia), tuvo por causa determinante inmediata la expansión de la música griega, porque la escala musical y los instrumentos musicales de los helenos, muy limitados al principio,

(1) Bajo el nombre de Hesiodo se comprenden tres clases de obras: los poemas legendarios como *la Theogonía*, *el Catálogo de las mujeres*, los poemas de una tendencia didáctica ó moral como *los Trabajos y los días* y *los Preceptos de Quiron*; y los pequeños poemas místicos como *el Escudo de Herakles* y *el Epitalamio de Thetis y Peleo*. Estas obras, ménos delicadas que las homéricas y que no son de un mismo autor, sino de una secta ó familia de autores heisódicos, son posteriores en sus elementos principales á los elementos principales de los poemas homéricos, aunque la *Theogonía* y los *Trabajos* datan quizá de la segunda mitad del siglo VIII á. de J. C.

fueron considerablemente aumentados por los préstamos hechos á la Frigia y á la Lidia, por el harpista de Lésbos, Terpándros, que aumentó tres cuerdas á la kithara que ántes tenía cuatro, y por el flautista griego Olympos que enseñó á los griegos el uso de una flauta de muy variado alcance musical. El primer metro empleado despues del exámetro daktylico, es el elegiaco. Este metro se aplicaba á cantos de muy diversa naturaleza. Kalinnus, el autor de los cantos bélicos que contribuyeron á salvar la Jonia de las hordas de los kimmerianos, era de Efeso; Tyrteo su imitador, (v. pág. 116); Arquiloco, que en los fragmentos de sus elegías que nos quedan, tiene acentos valientes y fieros, dignos de los dos poetas anteriores, era de la isla de Páros; Mimnermo, autor de la primera elegía amorosa y tierna, muelle amante del placer, y en quien el espectáculo del dolor y de la muerte causaba una enervante melancolía, era de Smyrna: como se ve, tres de estos grandes poetas elegiacos, pertenecían al mundo greco-asiático. Uno de ellos, Arquiloco, fué el inventor de nuevas combinaciones métricas sobre todo del *iámbico* que le sirvió para crear la sátira, que por la novedad de la forma, por su verba inagotable, por la energía de sus pinturas, y sobre todo, por el arte con que sabía interesar en favor de su causa todas las pasiones del hombre, buenas ó malas, le dieron un renombre inmenso en la antigüedad.

Alkman, vivía en Esparta á principios del siglo VI, y él fué el que hizo el dialecto dorio propio para la poesía, como el jonio y el eolio; sus odas estaban destinadas á ser cantadas por coros de vírgenes y se le considera como el primer regulador de los cantos córicos. Este creador de la poesía dórica, no era ni siquiera un griego, era lidio. Alkman fué el último de los poetas que se dirigió al pueblo en coro, (el primer coreuta en Esparta era el rey), y Arion y Stesicoro educaron cantantes es-

peciales para los coros. El dityrambo fué primitivamente un canto mezclado de baile en honor de Dionysos, era una efusion de hombres ébrios en la hora de la orgía, y su origen estaba ligado al culto de la Gran Madre, de la Beltis frigia. Arion, que era de Lésbos, regularizó el dityrambo. Stesicoro lo llevó á la perfeccion con la introduccion de la *epoda*, momento de descanso del coro entre la ida (estrofa) y la vuelta (antiestrofa). Este poeta hizo del canto córico una narracion épica bien sostenida, tomando sus asuntos del campo inmenso de las antiguas leyendas. La fundacion por entónces de los juegos pythios, estimuló admirablemente los progresos de la poesía. En este tiempo brillaron dos poetas de Lésbos, Alceo, el que encerraba en sus cantos los ímpetus feroces del odio político, y Sapfo, la poética lírico-erótica, cuya historia, bastante oscura, ha sido embellecida por una fábula tierna y dolorosa, cuando no vergonzosa ó impúdica.

Con Solon y Theognis, la elegía política y la poesía osnómica ó sentencia llegan á su apogeo. Pero todo estop erteneía ya á un pasado lejano en tiempo de Perikles. La gloria de la mayor parte de los antiguos poetas, con excepcion de Homero, estaba ofuscada por los recientes, por Simónides, el gran panegirista de los héroes, (aunque según Platon, recibía por ello una paga), el cantor de la hazaña de las Thermópulas, cuyos threnos alcanzaron las notas más profundas de lo patético y Píndaro, en cuyas poesías, si bien sólo sujetas al acompañamiento musical, ó incapaces por tanto de ser medidas, Horacio encontraba con tanto entusiasmo el soplo vigoroso del génio que sostiene al poeta en las nubes. Desgraciadamente de lo que Horacio conoció del *Cisne de Dirce* sólo nos queda una parte íntegra: las odas triunfales salvadas del naufragio al traves de los siglos, gracias á su superioridad sobre las otras composiciones pindáricas, según O. Muller. En segundo término te-

nemos á Anakreon, el amigo de Polikrates de Sámos, que debe ser juzgado más bien por los fragmentos que nos ha dejado, que por las odas eróticas y ligeras que corren con su nombre y que probablemente no son suyas en gran parte; y á Esopo, un esclavo thracio, á quien se reputa el padre de la fábula ó apólogo, originarios probablemente de la India y propagados en todo el oriente en donde el deforme poeta los recogió.

Pero en donde brilla con una luz inmortal, el génio helénico, el génio de Aténas sobre todo, ya muy léjos del foco oriental, lo que constituye uno de los grandes caracteres del siglo que acaba de pasar para los griegos, es la prodigiosa florecencia de la literatura dramática. La tragedia nacida humildemente de los coros cantados en honor de Dionysos (primero un monólogo iámbico, luego un diálogo entre dos actores, luego una trama ordenada entre varios actores y el coro), fué hija de Aténas. En ningun teatro de la Grecia se representaron jamas otras tragedias que las que habían sido aplaudidas en Aténas. Representadas primero en las plazas, sobre tabladros provisionales, despues en teatros de piedra y mármol, algunos de los cuales podían contener hasta 30,000 personas, (Platon), y en cuya direccion y administracion, intervenía directamente el Estado, las tragedias llegaron á ser el pan del espíritu ateniense. A pesar de los temas míticos ó heróicos de las tragedias, las relaciones entre los personajes son puramente humanas, aunque siempre extraordinarias para dar mayor intensidad á la emocion que producen. Pocas nos han quedado, fragmentos de inmortal belleza. Entre las que se han perdido había algunas que obtuvieron el premio sobre las que hoy consideramos como obras maestras. Así el *Edipo rey* de Sofokles fué superado por otra tragedia de Filokles; la *Medea* de Eurípides, obtuvo el tercer premio; el hijo de Esquilo, Enfo-

rion, obtuvo el primero y Sofokles el segundo. Esquilo, el héroe de Marathon y de Salamina, perfeccionador del drama trágico, trató las grandes y varoniles pasiones, nunca las amorosas. Vago, inmenso en la frase metafórica y atrevida como ninguna, hablando casi como un profeta oriental, Esquilo está lleno de intuiciones y presentimientos que aún hoy nos hacen pensar y estremecernos; pertenece, digámoslo así, al período sacerdotal de la tragedia. Sofokles es más preciso, su génio está mas en contacto con la vida real, las emociones que despierta son más variadas, la accion es más completa; el arte en él llega á su más bella expresion. Eurípides, que se ha atraído tantos odios desde el de Aristófanes hasta el de Bunsen, en nuestro siglo, era un retórico, un dramaturgo filósofo; el amor, la compasion, los llamamientos á la razon por medio de sutiles argumentos, lo caracterizan, así como cierto tono de duda y de especulacion científica que lo acercan más á nuestro actual modo de ver las cosas y que revelan al auditor de Anaxágoras y de Sokrates. Los instintos democráticos modificaron el drama mítico y se produjo la comedia, cuyo germen estaba sin duda en los pequeños dramas satíricos, (los sátiros eran los compañeros de Dionysos) que desde Esquilo, seguían á las trilogias. Mágnes, Krátes y Krátinos pertenecen al período que se abre en la 80^a olympiada (460), y ellos fueron los primeros autores de comedias, que tuvieron su origen inmediato en las procesiones fállicas en honor de Dionysos, en las que se permitían las burlas más groseras de las personas presentes. Ocupándose sobre todo de los personajes contemporáneos, llegaron á un grado de virulencia, inaudito en sus ataques. De todo esto sólo once piezas de Aristófanes nos quedan; ellas nos dan idea del desenfreno ilimitado de esta clase de composiciones, así como de la fecundidad de imaginacion y de la riqueza

de la invención poética, que caracterizaron las obras de aquel implacable enemigo de Sócrates que se impuso, sin embargo, á la admiración de Platon. La tragedia y la comedia, por la variedad y la fuerza del sentimiento moral que les era propio, por el espectáculo de las luchas del deber, por el supremo ideal de justicia que hacen entrever al espíritu, favorecieron en Atenas el desarrollo de la especulación intelectual.

Cuando este desarrollo incomparable de la poesía trágica tenía lugar, ya el gran paso entre la poesía y la prosa estaba dado desde el tiempo de los *siete sabios*; el género histórico había sido creado, en la Jonia también, por Kádmós y Hekateo de Mileto y sus imitadores. Herodoto, que por el vasto plan de su obra y su complejidad puede llamarse el padre de la historia, fué contemporáneo de Perikles, Padre de la historia, porque aunque su tendencia á *homerizar* es tan evidente, que podría llamársele un Homero en prosa, si no le faltase el genio creador del poeta ó poetas á quienes debemos los elementos esenciales de la Iliada, y aunque su prosa balbucee apenas desprendida del verso, sin embargo, ya con la prosa el advenimiento de la crítica es tangible y eso coloca su obra en los umbrales de la historia por lo ménos, en el crepúsculo matinal de los cronistas y de los cuentistas en que descuellan Froissart y Bernal Díaz del Castillo. Por su calidad de prosador jonio puede colocarse Hippókrates junto á Herodoto, de quien fué contemporáneo aunque mucho más joven que el autor de las Historias. Entre las obras atribuidas á Hippókrates que pueden considerarse como auténticas, es notable su librito titulado: *Los Aires, Aguas y Lugares*, no sólo por sus profundas observaciones, sino por la sencillez, el vigor y la concisión del estilo.

La religión, el arte, y la literatura nos han mostrado cómo se fué gradualmente separando el genio helénico de su cuna

oriental. La filosofía es la emancipación perfecta. No, sin embargo, que en su origen esté enteramente desligada de la influencia asiática, porque las filosofías primitivas, por regla general, tienen su antecedente en las religiones, y hemos visto hasta qué punto la religión griega estaba saturada de elementos orientales. Ciertamente en el estado actual de la ciencia, es temerario afirmar que la filosofía griega viene del Egipto, en donde habitó el pueblo ménos metafísico que hubo en el Oriente antiguo, ni que vino de la Biblia, como algunos supusieron en los primeros siglos del cristianismo, por cierta analogía entre el Génesis y el Timeo de Platon, ni tampoco de la India, con la que no tuvo relaciones la Grecia hasta los tiempos de Alejandro. Pero sí es indudable que la materia de las ideas y el medio en que se produjeron fué asiático. (V. Zeller—Filosofía de los griegos.—T. I.) Las sectas órficas que abundaron tanto en la primera época de la escuela jónica y que en el lapso de tiempo que hay entre Hesiodo y Onomacrito, habían realizado una revolución en la teogonía griega, é introducido con los misterios, los cultos orgiásticos de Zagreus y de la Gran diosa en la Grecia, afectaban ver en las leyendas míticas puros símbolos, que ocultaban ideas y doctrinas metafísicas sobre la esencia de Dios y del alma. Esto predisponía los espíritus á recibir la iniciación filosófica y algunas veces se vió á una secta órfica convertirse en una escuela filosófica, la escuela pithagórica. Pithágoras, era á un tiempo taumaturgo y maestro de escuela, y para algunos hasta un dios, (el Apolo hiperbóreo de los krotoniatas). Aunque de su vida han hecho una fábula los neo-pythagóricos, parece cierto que hizo algunos viajes por el Egipto, de donde se cree que tomó la doctrina de la metempsicosis, y quizá por la Caldea. Un matemático alemán, Cantor, asegura que su tabla de multiplicar, es una invención china (el *suangpan*)

tomada por el filósofo de Sámos en Babilonia.

Después de sus viajes fundó en la Magna Grecia, una orden monástica y un sistema filosófico. Pythágoras constituye con Tháles y Xenófanes, la gran trinidad que habló á los griegos de filosofía por vez primera. Los tres eran jonios y esto basta para mostrar cuán vana es la diferencia que se ha querido establecer entre las escuelas jónicas, por sus tendencias materialistas, y las itálicas, por sus instintos espiritualistas. Toda la filosofía griega nació en la Jonia. Los tres filósofos mencionados emanciparon la razón de la fe religiosa, que lo personificaba todo, estudiando la naturaleza como algo impersonal. Las escuelas pitagóricas partían de principios abstractos, deducidos de las relaciones permanentes y armónicas de las cosas, de donde la idea del número como primordial. Otras escuelas itálicas negaron el movimiento, las jónicas lo afirmaron por regla general, y aunque en estas se notó una tendencia de observación de la naturaleza, esta observación era incompleta y pronto se abandonaba por el sistema deductivo, ó de la razón razónante. Tháles, uno de los siete sabios de la Grecia, que algunos hacen subir á más de siete, y que eran maestros de moral práctica, fué en el orden cronológico el primero que desprendió de la teogonía de Hesiodo un principio, un elemento que era para el filósofo de Mileto, el regenerador de todas las cosas: *el agua*, transformación física de la divinidad primordial, Okéanos. Á Tháles referían los antiguos griegos, los primeros conocimientos de astronomía y geometría, que son de origen oriental, (caldeo y egipcio). Hippon, amplificó la doctrina de Tháles, haciendo no del agua, sino del principio húmedo, el primer factor del universo, idea simbolizada por todo el elemento femenino de las religiones camo-semíticas; Anaximandros supuso que el principio primitivo era en sí mismo in-

definible, sin cualidades, ni atributos; pero que tenía el poder de producirlo todo, como el punto matemático que puede engendrar un número indeterminado de líneas. Su primer principio, (él introdujo esta palabra en la filosofía), no se diferenciaba de la nada, sino en la facultad de producir; él fué quien inició las interminables discusiones metafísicas, sobre la Unidad y la Pluralidad, lo Permanente y lo Variable. Anaximandros estableció el primer cuadrante solar, construyó la primera esfera, demostró la oblicuidad de la eclíptica y compuso el primer tratado de geografía, grabando en una tableta de bronce, un mapa-mundi que fué el asombro de sus coetáneos. Xenófanes de quien hablamos ya, (jonio como los anteriores), fué el fundador de la escuela de Elea en Italia. Se hizo célebre por su odio á la religión popular. Xenófanes da la mano á la doctrina panteísta é idealista; para él la naturaleza era un todo permanente, no distinto de Dios; todo lo que llamamos cambio ó fenómeno, no tenía realidad objetiva, sino que eran simples modificaciones en la mente humana. Á estos y á otros filósofos ó sofistas, como también se les llamaba, (sofista era primitivamente todo razonador hábil), habían sucedido en el período de Perikles, Empedócles, el sucesor de los pitagóricos, que fué inventor de la doctrina de los cuatro elementos, (aire, agua, tierra y fuego), común á la India y á la Grecia, y que pasó en Sicilia por un mago; Zenon, discípulo de Parménides que lo era de Xenófanes, eleático, renombrado por la incomparable sutileza de su dialéctica, que preocupó á todos los filósofos antiguos y modernos y que tenía por punto de partida, el uno todo, la sustancia única, la sola realidad invariable y eterna, siendo la pluralidad una idea errónea proveniente del testimonio siempre engañoso de los sentidos. El filósofo que marca, digámoslo así, el fin del primer período de la filosofía, ántes de ser concentrada

en Atenas por el poderoso genio crítico de Sócrates, es Anáxagoras, el maestro de Perikles. Este fué el primero que habló de una alma inteligente que lo penetraba todo y lo había ordenado todo. Hablando de él, decía Aristóteles: Cuando un hombre proclamó que, como en los animales, había en la naturaleza una inteligencia, causa del arreglo y del orden universal, este hombre pareció el único que gozaba de la razón entre insensatos.

Así, pues, del Oriente había venido la luz; esto que llamamos la civilización humana, porque es el patrimonio de la fracción de la humanidad que ha progresado sin cesar y que ha llegado á la conciencia de ese progreso, se había levantado en Egipto, había unido sus destellos á los de los pueblos semitas y cananeos del Asia y dispersando sus influencias al traves del sombrío simbolismo naturalista de sus religiones, penetró el espíritu del occidente helénico por incesantes infiltraciones, hasta suscitar una cultura en la que el alma del hombre, mostrándose en toda su libertad y su gracia, encontró un molde inmortal. Así pues, la originalidad sublime del genio griego, no arguye una solución de continuidad en la historia de la civilización.

Reina y señora de la Grecia, por el arte y por el talento, Atenas había recogido los más puros de esos fulgores y con ellos coronaba la frente olímpica de Perikles. Templos de mármol se elevaban como por encanto, bellísimas estatuas eran dedicadas todos los días á los dioses, y en medio de la fiesta perpetua de aquella ciudad coronada de violetas, como la llamaba Píndaro, una multitud de filósofos, de artistas, de curiosos del Asia, de la Europa y del Africa, depositados en el Peireus por innumerables naves que traían las mercancías de todos los países, vagaba acogida fraternalmente por aquella orgullosa y espiritual democracia, desde las Propyleas, en que admiraba á Polignoto,

hasta el Parthenon en que adoraba á Feidias, y desde el teatro en que lloraba oyendo la Antígona de Sófokles, hasta el Pnyx, en donde Perikles conducía á Atenas con la rienda de oro de su elocuencia angusta. Aquella fué una hora única en la historia del mundo antiguo.

GUERRA DEL PELOPONESO.—Ya hemos dicho que el sentimiento de autonomía de las pequeñas fracciones de la Grecia, y el modo riguroso con que Atenas ejercía su imperio marítimo, provocaba su impopularidad entre sus aliados y súbditos, que una vez pasado el peligro, solo veían los cargos que soportaban y no los beneficios recibidos. A este elemento de conflictos futuros se agregaba la envidiosa desconfianza con que Esparta observaba la creciente grandeza de su nueva rival: La guerra debía de estallar tarde ó temprano. Los habitantes de Korkyra, antigua colonia de Corinto, en lucha abierta con su metrópoli invocaron al auxilio de Atenas con buen éxito, logrando así sobreponerse á sus enemigos, éstos buscaron la ayuda de Esparta, alegando que los atenienses habían violado la tregua, no sin cierta justicia, en nuestra opinion, á pesar de la muy respetable de Grote. Entre tanto Potidea, (en una de las tres subpenínsulas de la Calkidia), sacudía sus deberes de aliada para con Atenas á instigación de los Corintios y de Pérdikkas, rey de Macedonia, renombrado por su perfidia. No sin una lucha seria, los atenienses logran bloquearla, y así se puede decir que tuvo principio la guerra que se ha llamado del Peloponeso, formalmente decidida por Esparta el año de 432 ántes de J. C., en una solemne asamblea á que los atenienses concurrieron. Perikles fué el alma de la resistencia en los primeros tiempos de la lucha. En vano los espartanos y los atenienses oligarcas, le suscitaron los más terribles obstáculos, logrando privarle de sus amigos, como Feidias y el filósofo Anáxagoras y exponer con una acusación

de impiedad á su ilustre manceba Aspasia, el pueblo subyugado por el ascendiente moral del grande hombre acababa siempre por ponerse de su lado. Las invasiones desastrosas del Atica, comenzaron á la vista de los atenienses, que encerrados en sus murallas por consejo de Perikles, contemplaban llenos de ira la total destrucción de sus propiedades. Para colmo de desdichas, la peste, (una fiebre tifoidea segun M. Littré), convirtió á la ciudad sitiada en un inmenso cementerio desde el Akropolis, hasta Peireus-Perikles, á quien se echaba la culpa de tanto infortunio, mantuvo su ascendiente incólume á fuerza de elocuencia y de razón. Fué aquel su último triunfo. Privado de sus herederos legítimos por la epidemia y agobiado quizá por la inquietud del porvenir, Perikles murió, amado y admirado por el pueblo más que nunca. Quería que la posteridad hiciese su elogio, diciendo que jamas había hecho tomar luto á uno solo de sus conciudadanos por su culpa.

Perikles no fué ni un corruptor, ni un demagogo. Todo su dominio lo pidió á la razón, toda su fuerza al desarrollo de la idea democrática. Esa Atenas llegada á la cima de la civilización, y que un pensador ha llamado la verdadera ciudad santa de la humanidad, es la Atenas de la época de Perikles (429).

Los lacedemonios habían tratado de contrabalancear la superioridad marítima de sus enemigos; pero en vano sus corsarios habían causado algunos daños al comercio de los atenienses, éstos llevaban las represalias á las costas del Peloponeso, con el objeto de distraer á los espartanos de sus expediciones periódicas en el Atica, que en los primeros seis años de la guerra, fué invadida cinco veces. Mientras los espartanos y tebanos bloquean estrechamente á Platea, la fiel aliada de Atenas, Potidea cae en poder de los sitiadores, y Formion humilla en las cercanías de Naupaktos á la flota peloponesa.

La impopularidad de Atenas empezó á producir sus frutos con la insurrección de la isla de Lesbos. Mitylene es sitiada y el año de 427 tomada por Paqués. Aquí hace Thucydides mención por vez primera de Kleon, demagogo que intentaba á fuerza de violencia de lenguaje y de consejos reemplazar el sereno ascendiente de Perikles, en el pueblo de Atenas, pero que no carecía de valor y de virtudes cívicas, á pesar de la mofa sangrienta de Aristófanes, (v. la comedia "Los caballeros"); Kleon propuso las más terribles medidas contra los vencidos de Mitylene y el pueblo las aceptó, pero arrepintiéndose á poco, solo ordenó la muerte de mil rebeldes. Esto suscitó de parte de los peloponesos una cruel represalia al apoderarse de la heroica Platea. Nikiás comienza á figurar entonces; hombre piadoso, prudente, inmensamente rico, colocado por su posición al frente del partido oligárquico y que fué primero opuesto á Kleon y á Alkibiádes despues. Por los años de 426 los brillantes triunfos de Demósthene, general de Atenas en Akarnania, parecieron dar una seria ventaja en el conjunto de la guerra á los atenienses. Al efectuarse la quinta invasión del Atica (425), Demósthene con una flota trató de situar en la costa del Peloponeso un fuerte permanente y se fijó en Pylos. Los lacedemonios animados por un jóven héroe, Brásidas, atacaron á Demósthene, pero la flota ateniense destruyó á la contraria y bloqueó al destacamento espartano encerrado en Sfakteria. Los lacedemonios quisieron entonces la paz, pero Kleon se opuso y, por las maniobras de sus enemigos, fué enviado con refuerzos á Pylos. Esta campaña tuvo completo éxito, debido en buena parte á Kleon, y terminó con la rendición de los hoplitas espartanos; hecho inaudito que causó profunda sensación en la Grecia y desprestigió á Esparta. Posteriormente las operaciones de los atenienses en Beocia tomaron un aspecto

en extremo desfavorable para ellos, pues gracias á la profundidad de la falange tebana, sufrieron una seria derrota. En esta campaña se distinguieron, Sócrates, su discípulo Alkibiádes, sobrino de Perikles y el joven Xenophonte á quien salvó en la batalla de Delion, como había salvado á Alkibiádes en Potidea. En Thracia las cosas tomaron un carácter igualmente siniestro para Atenas. Brásidas despues de habilísimas maniobras logró apoderarse de Anfípolis, brillante colonia ateniense, gracias á la negligencia de los estrategos atenienses, uno de los cuales, el historiador Thucydides, fué justamente castigado con el destierro.

Durante el invierno de 424 á 423 empezaron las negociaciones por la paz, pero fueron su principal obstáculo Brásidas entre los espartanos, y Kleon en Atenas. La campaña de Tracia continuó, pues, terminando con la victoria de los de Esparta en Anfípolis, en la que perdieron la vida los dos generales Brásidas y Kleon. En Marzo de 421 se celebró por fin la paz, que se llamó la paz de Nikias.

La paz de Nikias fué precaria. En primer lugar los lacedemonios violaron sus condiciones, no devolviendo Anfípolis, mientras los atenienses daban libertad á los cautivos de Sfakteria; luego los aliados se oponían de tal modo á la paz, que llegaron á proponer á Argos, que se colocase al frente de una liga del Peloponeso contra Atenas y Esparta; por último, un cambio de eforos en Esparta, enemigos de Atenas, hizo prever la pronta renovación de la lucha. Alkibiádes se hizo el abogado de la guerra en Atenas. Este hombre singular dotado de grande energía y habilidad en los negocios públicos, que recibía en el regazo de las cortesanas las lecciones de Sócrates, pródigo, desenfrenado, carácter sin principios que solo inspiraba el recelo y el temor, se empeñó en llevar á buen fin, una alianza entre Atenas y Argos, y la consiguió, lo cual era ya una

ruptura con Esparta. Bajo estos auspicios se celebró la 80.^a olimpiada, (julio de 420), en la que Atenas fué representada por Alkibiádes que dejó con su pompa deslumbrados á los griegos. Á instancias de este atrevido aventurero, Argos emprendió la lucha, y despues de algunas peripecias fué vencida totalmente en Mantinea; fué el resultado de esto la alianza de Argos y Esparta que aún continuaba en paz nominalmente con Atenas.

La Sicilia.—En la isla en que iba á tener lugar un episodio decisivo de la guerra del Peloponeso, habían llegado á un alto grado de prosperidad las colonias helénicas, (v. págs. 107 y 108). Sobre Siracusa preponderaron primero Gela y Agrigente; en esta última dominó por los años de 570 antes de J. C. el famoso tirano Faláris, que había mandado fabricar un toro de bronce en cuyo seno calentado hasta enrojecerlo, eran encerradas las víctimas. (1). Como en las ciudades de la Grecia, en las de Sicilia á los oligarcas habían sucedido los déspotas. En 509 un príncipe espartano, Doreus, hermano del famoso Leonidas, hizo una tentativa de colonización en Sicilia, despues de haber fracasado en una empresa análoga en la Lybia; pero como en Africa, los cartagineses se opusieron, logrando al fin vencerle y matarle. Éste es el primer episodio conocido de la lucha sangrienta en que africanos y europeos se habían de disputar la Sicilia y que terminó en las guerras púnicas. En el ejército de uno de los déspotas á que aludimos antes, y que en Sicilia como en Grecia, encarnaron en realidad el primer paso del gobierno popular, de Hippókrates de Gela, se distinguió un oficial llamado Gelon, que acabó por apoderarse del poder en Gela primero, y en Siracusa despues. La prosperidad de esta ciudad

(1) El toro de Faláris era probablemente una estatua de Baal-Molek, el dios fenicio. Los cartagineses se apoderaron de él cuando tomaron á Agrigente, y Scipion lo devolvió á Agrigente cuando venció á Cartago.

bajo Gelon fué inmensa; el tirano arrojó de ella á los miembros del partido popular y los vendió como esclavos; conquistó despues varias ciudades, y en 481 cuando los embajadores griegos se dirigieron á él para obtener su auxilio contra los persas, puso por condicion que se le había de dar el mando del ejército. Pero por ese mismo tiempo los cartagineses, de acuerdo probablemente con Jerjes, invadieron la isla y los sicilianos les infligieron en Himera una sangrienta derrota que coincidió con la de los persas en Salámis. El desastre de Hamilkar y sus cartagineses, fué tal, que sólo se escapó de la flota púnica una embarcacion que fué á llevar la noticia á Cartago. Despues de esta victoria la supremacia de Gelon fué incontestada y murió en el colmo del poder. El más notable de sus sucesores fué Hieron, á quien ha celebrado el gran poeta cumplimentero, Pindaro, y que gracias á su astucia y á su buena suerte, llegó á ser más realmente dueño de la Sicilia que su hermano Gelon. Muerto Hieron, su hermano Trasíbulos, se hizo profundamente impopular en Siracusa, los habitantes de esta ciudad se sublevaron, le arrojaron y despues de una lucha llena de sangrientas peripecias, y entre la confusion que causaba en muchas ciudades la nueva poblacion mercenaria, introducida por los gelonitas, predominaron en las ciudades griegas de la isla, los gobiernos populares. Si á la natural inestabilidad de estos gobiernos democráticos, se añade la mezcla de razas, de dialectos, de religiones, que caracterizaba la poblacion de la Sicilia, no sólo en su origen, sino en los tiempos en que los déspotas protegieron la inmigracion y el mercenarismo, se comprenderá con qué facilidad podía perturbarse allí el orden. Sirakusa, que era la primera ciudad de la isla, se vió expuesta á serios trastornos y se sabe que, como un medio de reprimirlos, ensayó, aunque por muy poco tiempo, la institucion del ostra-

cismo. Sin embargo, su poder en el exterior se acentuaba cada vez más y pudo enviar sus escuadras á batir á los piratas tirrenos en sus antros de Córcéga y Elba. Por este tiempo (452 antes de J. C.), tuvo lugar el episodio de Dukecios, jefe sikel, que intentó predominar en la isla y que fué vencido por los siracusanos y agrigentinos reunidos. Viéndose perdido Dukecios, penetró de incógnito en Siracusa y se sentó como suplicante al pié del altar de un dios; el pueblo le perdonó; pero él, despues de haberse retirado á Corinto, volvió á la isla, y aprovechándose de la guerra que había estallado entre Siracusa y Agrigente, quiso satisfacer su antigua aversion; pero le sorprendió la muerte, y los siracusanos, despues de haber vencido á sus rivales, se apoderaron de las conquistas del héroe sikel.

A pesar del inmenso ascendiente que estas circunstancias favorables dieron á Siracusa, Agrigente parece haberla superado en esplendor, gracias á su comercio constante con el Africa líbica y cartaginesa. Y á esta época de prosperidad de la Sicilia, corresponde un gran movimiento intelectual del que fueron los principales representantes Empedócles, el filósofo pitagórico formulador de la teoría de los cuatro elementos, Tísias y Kórax en Siracusa, y Górgias, el retórico, en Leontini. Al mismo tiempo florecían en Elea (Italia meridional), Zenon y Parmenides.

Al empezar la guerra del Peloponeso, la antipatía entre las ciudades jónicas y las dóricas, creció en la isla en proporcion que en Grecia tomaba incremento la lucha. Siracusa al frente de los dóricos insulares, atacó á las ciudades jónicas; éstas pidieron auxilio á Atenas que mandó una primera escuadra á las órdenes de Laqués, y á poco otra á las de Pythodoros. El resultado de las operaciones en el estrecho de Messina era indeciso, á pesar de haberse unido á los atenienses una tercera escuadra mandada por Eurymedon.

Por fin, el año de 424, se reunió en Gela un congreso de las ciudades en lucha y se celebró la paz, gracias, sobre todo, á la influencia de Hermócrates. Eurymedon tuvo que acomodarse á este arreglo, y regresó á Atenas en donde fué mal acogido. Despues de su retirada empezaron los disturbios suscitados probablemente por Siracusa, contra los jonios, especialmente en Leontini, en donde el partido oligarca, expulsó al *demos* (al pueblo), desmanteló la ciudad, y se refugió en Siracusa; á poco algunos miembros de los dos partidos volvieron á Leontini y allí se fortificaron contra los ataques incesantes de Siracusa, mientras sus hermanos proscritos pedían auxilio á Atenas. Estalló entonces la guerra entre Selinonte y Egesta, antigua aliada de Atenas á quien pidió auxilio. Los atenienses, que no tenían en aquellos momentos ninguna gran empresa entre manos, enviaron á algunos comisionados á tomar informes en la isla. Los egestinos valiéndose de una superchería increíble hicieron creer á los atenienses en su riqueza y en la poderosa ayuda que prestarían á la expedición, y gracias á la influencia popular de Alkibiádes, obtuvieron, á pesar de la sabia oposición de Nikias, que esta vez seguía las huellas de Perikles que se decretase una expedición contra Siracusa.

La expedición había marchado en medio de un gran aparato y apenas había llegado á Sicilia, cuando Alkibiádes, autor principal del plan de operaciones, fué llamado á Atenas para ser juzgado como impío. Alkibiádes huyó, y lleno de rencor contra sus compatriotas se refugió en Esparta, determinando á sus habitantes á enviar auxilios á Siracusa y á invadir el Atica. —La lentitud y torpeza de Nikias permitió á los siracusanos preparar su defensa y al general espartano penetrar en la isla; conociendo entonces el peligro de su situación pidió Nikias refuerzos á Atenas. —Demóstenes fué enviado; ya no era tiempo; despues de una serie de desastres en el

mar y en tierra los atenienses intentaron en vano la retirada; destruida completamente la flota y hechos prisioneros los ejércitos que intentaban huir atravesando la isla, Nikias y Demóstenes fueron ejecutados. (413).

Cuando Atenas recibió la noticia del desastre de Sicilia, al que nadie quería dar crédito, su situación era ya bien crítica á consecuencia de la invasión del Atica y de la ocupación de Dekeleia, que hacía permanente la estancia de los lacedemonios en los campos atenienses é interceptaba los víveres que venían por tierra de Eubea, que desde entonces tuvieron que venir por mar á mucho mayor costo. Atenas era en consecuencia un verdadero campamento militar con el enemigo perpetuamente cercano. La catástrofe de Sicilia hizo tal impresión en la Grecia entera, y hasta en la Persia, que dándose por concluido el imperio de Atenas, tanto los griegos como el gran rey trataron de repartirse sus despojos. Alkibiádes, que admiraba á los espartanos por la extraordinaria facilidad con que adoptó sus austeras costumbres, dió á sus huéspedes el consejo de ocupar á Quíos, consiguiendo él personalmente la rebelión de la mayor parte de la isla. Los sátrapas del gran rey, Farnabazos que gobernaba las provincias cercanas al Helesponto, y Tisafernes las marítimas, empiezan entonces á hacer papel aliándose á los griegos, subvencionándolos frecuentemente y tratando de recobrar el terreno perdido en los tiempos de la grandeza de Atenas. Los peloponesios concluyeron con el último un vergonzoso tratado que cedía al persa el dominio del Asia jónica, de las islas y hasta de una parte de la Grecia en cambio de ventajas pecunarias. Este tratado, que indignó hasta á los mismos espartanos, fué modificado sucesivamente. Entretanto la fuerza vital de la democracia ateniense realizaba verdaderos prodigios gracias á los cuales se pudo conservar una respetable posición en Sámos y recuperar á Lésbos.

Alkibiádes ya enemistado á muerte con los espartanos y tratando de ganar á Tisafernes, á quien había aconsejado que mantuviese á los dos partidos en tal estado que ninguno pudiese triunfar, y ambos se arruinasen; deseando volver á Atenas se sirvió de las *heterias* ó sociedades secretas de la oligarquía; los conspiradores acabaron por amedrentar al pueblo, á quien prometían con un cambio de gobierno la decidida protección del gran rey contra Esparta.

Por fin, la revolución oligárquica se consumó, encargándose cuatrocientos individuos del poder, y éstos manifestaron tan descaradas tendencias á procurar el triunfo de Esparta, que se necesitó toda la entereza del pueblo para impedir la consecución de estos fines siniestros. Los disturbios entre los oligarcas y los trabajos de Alkibiádes, que hizo imposible, con hábil perspicacia, su arreglo con un gobierno, de cuya inestabilidad estaba convencido, produjeron una reacción en favor de la democracia, á cuyo frente se pusieron Alkibiádes y los soldados y la flota atenienses de Sámos. Coincidió con este período crítico la rebelión de Eubea, que causó profundo terror en Atenas, y que provocó la destrucción completa de la oligarquía y la vuelta al régimen democrático. Poco despues, á pesar de las defecciones de sus aliados como Abydos y Byzancion á pesar de la decidida protección de Tisafernes á los del Peloponeso, que toda la diplomacia de Alkibiádes no había podido conjurar, pudieron las escuadras atenienses hallarse en aptitud de recobrar su imperio, hasta el grado de ganar en Kyzikos una victoria espléndida en que toda la flota espartana cayó en poder de Alkibiádes (410). Los espartanos hicieron proposiciones de paz que Atenas rechazó con justicia. El vencedor de Kyzikos prosiguió sus brillantes operaciones, y volvió en seguida á su patria que le preparaba una brillante ovación.

Por entonces llegó al Asia Menor Kiros,

el joven, hijo de Darios II, (Noto), y, como convenía á sus ambiciosos proyectos, protegió con todo su poder á los lacedemonios, y trabó estrecha relación con su general Lysándros, digno de luchar con Alkibiádes por su habilidad, su energía y su inmoralidad.

El aventurero ateniense que por satisfacer en Kyme sus instintos rapaces, fué causa de un desastre en la flota que le estaba encomendada, fué desterrado de nuevo y diez generales le sucedieron. Lysándros fué á su vez relevado por el virtuoso Kallikrátidas, que á pesar de sus esfuerzos, y á punto ya de obtener un éxito completo, fué vencido y muerto en el sangriento combate naval de las Arginusas. Por una funesta circunstancia, un millar de los marinos atenienses cuyos cadáveres regaban las olas, no pudieron ser recogidos por los generales, lo que produjo tan profunda exaltación en el ánimo supersticioso del pueblo de Atenas, que á pesar del inmenso servicio que acababan de prestar á su patria, y á pesar de la oposición de Sókrates, la constitución fué violada y los reos pagaron con la vida su involuntaria falta. Así se privó Atenas de sus últimos buenos generales, circunstancia que unida á la virtud y á los sentimientos profundamente panhelénicos de Kallikrátidas, demuestran que al bien de la misma Atenas habría convenido el triunfo del almirante espartano en las Arginusas. Al año siguiente la flota torpemente dirigida á pesar de los consejos del proscrito Alkibiádes, es sorprendida y destruida totalmente por Lysándros en Egos-Pótamos en el Helesponto. El almirante espartano se dirigió en seguida sobre Athenas; que le opuso la más resuelta resistencia, hasta que en el extremo de la miseria y del hambre consintió en la paz; los desterrados penetraron en la ciudad con Lysándros, los grandes muros fueron destruidos, desmantelado Peireus y secuestrados los restos de la flota. Lysándros en el apogeo de

su inmenso prestigio en la Grecia entera, impuso á los vencidos una oligarquía de treinta personas, que apoyadas en los soldados extranjeros abrieron una era de espantosa tiranía. Los proscritos de Atenas encontraron en diversas ciudades, sobre todo en Tébas, una generosa acogida, que respondía al sentimiento de hostilidad hacia Esparta, que después de la guerra se había despertado vivamente. Esos proscritos pudieron al fin, bajo la dirección de Thrasybulos, atacar á los oligarcas que de treinta se reducían á diez; el disentimiento entre Lisándros y Pausánias, cada uno de los cuales condujo un ejército espartano al Ática y la opinión de Pausánias, favorable á los proscritos, triunfaron por fin en Esparta. Thrasybulos y sus amigos volvieron solemnemente á Atenas, y ahí proclamaron una amnistía general. Quedó así restablecida la democracia (403). Las leyes de la ciudad sufrieron una revisión y fueron publicadas en un cuerpo jurídico, sirviéndose del nuevo y más completo alfabeto jónico. Esta época memorable de la restauración de la libertad ha pasado á la historia con el nombre de arcontado de Eukleides. Por este mismo tiempo pereció Alkibiades en Asia, sacrificado por Farnabazos al resentimiento de los lacedemonios, y de Kiro, el joven, cuyos proyectos de rebelión conocía el hábil ateniense, que estuvo á punto de rebelarlos á la Corte de Susa.

PERSIA.—Á Jerjes asesinado en 465 por el eunuco Aspamitres y el capitán de guardia Artabanos, sucedió su hijo Artakshathra, (Artajerjes Longimano), que después de vencer á su hermano Hystaspes (462) tuvo que sofocar la rebelión de Egipto.—Este país se había sublevado con Inaros y otros reyes del Delta, y ayudados por la flota ateniense arrojaron á los persas, exceptuando la guarnición del muro blanco. Megabyzos, enviado por el Gran Rey, venció á los egipcios y á los griegos, capturó una flota ateniense de cincuenta velas, (455), y

crucificó á Inaros. El hijo de éste, Thamyras, heredó el reino; solo el Egipcio Amyrtæos, uno de los rebeldes se refugió en los pantanos de la costa, antiguo asilo de los saítas y continuó la resistencia. Á estos sucesos siguieron las brillantes expediciones de Kimon, después de cuya muerte se concluyó el tratado de paz con Atenas de que hemos hecho mención, y en virtud del cual conservaban su libertad los griegos de Asia y las flotas persas no podían navegar en todo el mar comprendido entre las islas Khelidonias, (E. de la Siria), y las rocas Kyaneas (entrada del Ponto Euxino).—443.

Los imperios orientales no viven sino con la condición de estar siempre en guerra y victoriosos, (Maspero). Á la paz con Grecia sucedieron constantes rebeliones de los sátrapas hasta la muerte de Artajerjes, (425), su hijo legítimo Jerjes II reinó cuarenta y cinco días y fué asesinado por su hermano Sekudianos: éste fué á su vez destronado por su hermano Okhos que subió al trono con el nombre Darios. Á fuerza de oro venció á los sátrapas rebeldes del Asia menor, y el hijo de uno de estos rebeldes, Amorges, resistió en Karia hasta 412 los ataques de Tissabernes sátrapa de Siria. Esta fué la época en que este sátrapa y Farnabazos, sátrapa de Mysia, aprovechando el descalabro de los atenienses de Sicilia volvieron á mezclar el nombre del Gran Rey en los negocios griegos. Darios tenía dos hijos Arsakes y Kyros hijo de Parysátis. Ya hemos visto á este joven ambicioso influir de un modo decisivo desde su gobierno del Asia menor en la victoria de Esparta, cuya alianza era la que convenía á sus audaces intentos por ser Atenas una potencia marítima y necesitar él ejércitos de tierra. Después de la coronación de su hermano Arsakes que tomó el nombre de Artakshathra, (Artajerjes), y á quien quiso asesinar, Kyros, salvado de la muerte por su madre, volvió al Asia menor, alistó trece mil mercenarios griegos,

y cien mil indígenas, partió de Sárdes, atravesó el Asia menor, la Siria del N., la Mesopotamia encontró al ejército de su hermano en Kunaxa y se hizo matar en la batalla; quizá este joven activo y amigo de la civilización griega hubiera sacado á la Persia de su estado decadente. Diez mil de los griegos que acompañaban á Kiro, emprendieron después de la derrota, su retirada al través del imperio, por la Asyria y la Armenia hasta el Ponto Euxino. Esta atrevida marcha, impunemente ejecutada, reveló la profunda debilidad de aquel imperio que se moría. Xenofonte ha contado en su *Anabasis*, modelo de narración clara é interesante, los detalles de la expedición de Kyros en que tomó parte, y de la retirada de los diez mil (401-400).

HEGEMONIA DE ESPARTA.—El lamentable estado de Atenas durante la tiranía de los treinta, es una muestra del de las ciudades que cayeron bajo el dominio de Esparta. Lisándros fundó en todas ellas pequeños consejos oligárquicos gobernados por un *harmosta* espartano, y el yugo fué muy pronto intolerable y de un carácter contrario al que Atenas había impuesto á los tributarios ó aliados en tiempo de su supremacía: las quejas eran ahora de otra naturaleza; mientras Atenas castigaba á sus propios generales cuando abusaban del mando en las ciudades del imperio, en Esparta estos abusos, que fueron crímenes atroces frecuentemente, eran tolerados con descaro. La derrota del joven Kyros, instigado secretamente por Esparta, aseguraba á esta la enemistad de la corte de Susa y esto fué causa del envío de un ejército al Asia al mando de Thimbron primero y de Derkyllidas después, y que reunido á los diez mil que estaban ya de vuelta en el Asia menor emprendieron una campaña contra los sátrapas con muy buen éxito. Lisándros que á pesar de su desprecio profundo por el dinero, gustaba de corromper con él á los demás había concebido, entretanto, el proyecto de hacerse rey en

Esparta. Á la muerte de Agis, pohijó una especie de revolución en virtud de la que fué declarado incapaz de suceder á Agis, Leotyquydes, porque no era hijo del rey muerto, convencida como estaba la viuda de adulterio. El contrahecho Agesilas, en quien el audaz aventurero creía forjar un instrumento, fué nombrado rey y enviado al Asia en compañía de Lisándros. Este comprendió pronto que Agesilas era un hombre superior y que se había suscitado en él un temible rival; humillado y degradado, Lisándros fué á combatir oscuramente al Helesponto, mientras Agesilas obtenía brillantes triunfos sobre Tissaphernes, que por esa época fué ejecutado de orden del Gran Rey.

Entre tanto, Konon, el único que había salvado algunas barcas atenienses en Oegos-Pótamos, se ponía al frente de una escuadra persa, sublevaba á Ródas y unido al sátrapa Farnabazos, inflijía al almirante espartano Peisándros la sangrienta derrota de Knidos, que, puede decirse, acabó con la supremacía marítima de Esparta (384 antes de J. C.).

En Grecia, la supremacía espartana cada vez más odiosa, acabó por provocar serios conflictos, que el oro de los persas contribuyó en buena parte á determinar. Estalló por fin la guerra entre Tébas y Esparta. Lisándros y Pausánias fueron enviados sobre los tebanos, que habían solicitado con buen éxito la ayuda de Atenas. Lisándros atacó á Haliártos y pereció en el asalto; cuando llegó Pausánias, el cadáver del héroe espartano le fué entregado con la condición de evacuar la Beocia. Así lo verificó; sus compatriotas espantados con la muerte de Lisándros, sentenciaron á muerte á Pausánias, y dieron el cetro á su hijo Agesilópolis. Pausánias pasó el resto de su vida refugiado en un santuario de Tegea. Los espartanos llamaron entonces á Agesilas, que dejó á su pesar el Asia, acompañado de los griegos asiáticos que amaban en él su gene-